

La significación escatológica de la Eucaristía

I. *Su ordenación a la segunda venida de Cristo*

1. Lo dicho antes sobre la significación escatológica de todos los sacramentos vale especialmente del sacramento eucarístico (cfr. § 233). La Eucaristía es la memoria de la redención, que se actualiza en ella. El memorial de la pasión del Señor incorpora con nuevo ímpetu a la muerte y gloria de Cristo a los que la celebran, y les une cada vez más fuertemente entre sí para convertirse en el cuerpo de Cristo. La Eucaristía es el sacramento de la unidad eclesial. La Iglesia se revela en la celebración eucarística como la comunidad de los que celebran la memoria de la pasión del Se-

ñor y festejan la Cena. La Eucaristía alude, pues, al pasado y es lo que une el presente con el pasado. Hace esto al actualizar el misterio obrado en el pasado, llenando y configurando de él al ahora.

También va más allá del presente, hasta el futuro. Une el pasado con el futuro a través del presente. San Pablo expresa esta conexión en su primera epístola a los Corintios: "Pues cuantas veces comáis este pan y bebáis este cáliz anunciáis la muerte del Señor hasta que El venga" (*I Cor.* 11, 26). El anuncio y representación objetivos de la muerte de Cristo que tienen lugar en la celebración de la Eucaristía durará hasta que El venga con gran poder y gloria para juzgar a los vivos y a los muertos. En aquel entonces desaparecerá el anuncio de su muerte por la Eucaristía. Es un secreto para nosotros cuándo esto ocurrirá. Nadie conoce el día ni la hora, ni siquiera los ángeles del cielo, ni el Hijo del hombre (*Mt.* 24, 36; cfr. *De los Novísimos*). Pero los que celebran la Eucaristía saben que el día del Señor está cerca. Siempre que celebran la memoria del Señor recuerdan este día venidero. Hacen profesión de fe en este día; profesión que está implícita en la celebración y es uno de sus elementos esenciales. El Señor puede venir en cualquier momento. El que celebra la Eucaristía no puede olvidar esto. Todo le remite a tener en cuenta siempre la posibilidad del fin. Sabe que la Eucaristía no es una institución permanente. Al igual que la Iglesia toda, también la Eucaristía pasará con la apariencia de este mundo (*I Cor.* 7, 31). Los que se han congregado para celebrar la Eucaristía, recordarán que son peregrinos, que están en camino y deben mirar siempre al fin. De esta manera la Eucaristía se convierte en aviso: vigilad y orad. En la recta celebración de la Eucaristía se realiza este vigilar y orar; así cumplen su estado de peregrino.

2. La Eucaristía es el sacrificio convite y el *convite sacrificial de la Iglesia durante el tiempo que va entre la ascensión a los cielos y la segunda venida de Cristo*. Cristo ha dado a la Iglesia su presencia y su obra, garantizadas en el signo del pan y del vino eucarístico, durante este entretiem po, mientras que El está oculto en su gloria. La Eucaristía debe ser prenda de su amor para la Iglesia y debe darle fuerzas y consuelo. Debe mantener vivo el recuerdo en El, del que es oculta actualización, y ser un viático en la larga y penosa peregrinación de la Iglesia a través de los siglos y milenios. Así se hace la Eucaristía incitación a perseverar en el Señor. Al anunciar la Iglesia en la celebración eucarística la muerte del Señor, anuncia

también su nueva venida. Anuncio que va dirigido al mundo y a sus propios hijos, es decir, a sí misma.

3. Incesantemente realiza la Iglesia la fe en la muerte y en la segunda venida del Señor en la celebración eucarística. La Iglesia no relata simplemente estos hechos, sino que hace profesión de fe en ellos, y es conformada y configurada por los mismos. La Iglesia —que celebra la Eucaristía— no entiende ni experimenta al mundo como una realidad de solidez y duración incondicionada, sino un don continuo de Dios, que por el pecado está sometido a la caducidad. Nadie sabe cuándo será destruido o transformado en una nueva existencia, prefigurada por Cristo glorificado. La vida está llena de riesgos e incertidumbres. La Iglesia no se puede entregar a las cosas con tranquilidad plena. Si desapareciera este sentimiento y se apagase la vigilancia que de él nace, se perdería un elemento esencial de la existencia cristiana. La Eucaristía se convertiría en una institución estable de la vida piadosa, que se celebraría en determinados días y a determinadas horas para implorar a Dios ayuda y buscar la reconciliación. Pero la virtud que radica en ella no surtiría sus efectos. No dispondría los corazones de los fieles para la perseverancia en el Señor que ha de venir. El que se une a Cristo en la Eucaristía, contempla por la fe al Señor presente, pero a la vez se le enseña a mirar a través del Señor presente al futuro. Por fuerte, ordenada y llena que sea su vida, su mirada está dirigida al Señor, que se le acerca desde el futuro para mostrársele en toda su gloria. Cada día se aproxima más. Esta creencia fué muy viva en la Iglesia primitiva como lo indica la oración por el retorno de Cristo, que nos refiere el *Apocalipsis* de San Juan (22, 17-20). Según la *Doctrina de los doce Apóstoles*, durante la celebración eucarística se rezaba la siguiente oración: “Pasa este mundo, viene la gracia” (10, 6). En las liturgias orientales se hace conmemoración no sólo de la pasión, resurrección y ascensión a los cielos, sino también de la venida del Señor. Cfr. § 254.

II. *La Eucaristía como celebración de los peregrinos*

1. En la fe en el Señor venidero, que viene a buscar a los suyos para llevarlos a la casa paterna y como *garantía de su propia plenitud*, celebra la Iglesia la Eucaristía en los difíciles trances de la historia. De aquí que celebre con alegría y júbilo la memoria

del Señor. Con alegría anticipada celebra el recuerdo de la pasión del Señor, que ha de venir. Con cantos, formas y coloridos de belleza celebra la memoria de la muerte. Es la memoria del cuerpo sacrificado, que se realiza bajo la figura del pan, signo de la fuerza vital, y la memoria de la sangre derramada bajo la apariencia del vino, señal de la alegría del vivir. Toda la creación persevera junto con la Iglesia en la expectación del Señor venidero. Pan y vino, signos de fuerza y alegría vitales, representan aquí a toda la creación. En ellos se verifica la ordenación de todo el universo a la gloria del Señor. Cfr. R. Guardini, *Besinnung vor der Feier der heiligen Messe*, II, 125-138; E. Walter, *Die Eucharistie*, 69-76.

2. Hasta el día en que se revelará el Señor, *la cruz permanece en alto en la Iglesia*. Así acaece cuantas veces se celebra la Eucaristía. Por el sacrificio se incorpora siempre de nuevo a la muerte del Señor, de la que por el bautismo participan cada uno de sus miembros o, mejor, ella es incorporada más profundamente por el Padre a la muerte de Cristo. Se une al movimiento por el que Cristo va al Padre a través de su muerte. No puede separarse de este movimiento al terminar el sacrificio. Por esto opera en ella el destino mortal de Cristo. Incluso cuando en el *Ite, missa est*, despide a sus hijos para que vuelvan al mundo, permanece unida al destino de muerte de su Señor. La participación en la muerte de Cristo por el sacramento se convierte en participación de la experiencia histórica mientras siga celebrándose el anuncio de la muerte del Señor por la Eucaristía. Pensando en su propio sacrificio preguntó Jesús a los hijos del trueno: ¿Podéis beber el cáliz que tengo que beber? (*Mt.* 20, 22). San Gregorio Magno pide que los que celebramos la pasión del Señor, imitemos lo que hacemos. “Entonces será nuestra ofrenda ante Dios, si nos convertimos nosotros mismos en hostia” (*Diálogo* 4, 59). Santo Tomás de Aquino explica que el sacrificio de Cristo en la cruz puede ser llamado “sacramento” en cierto sentido, porque “es el signo de algo que debemos obrar según las palabras de Pedro: Así como Cristo ha padecido en la carne, armaos también vosotros con los mismos sentimientos” (*Suma Teológica* III, q. 48, art. 3, ad. 2).

3. La participación en la muerte del Señor, fundada en el sacramento de la Eucaristía y consolidada siempre de nuevo se realizará como *sacrificio del cuerpo*. “La Iglesia, que como cuerpo de Cristo vive la vida del Señor, se convierte en el cuerpo crucifica-

do de Cristo durante esta temporalidad" (A. Stolz). Cada uno de los miembros ofrece el sacrificio del cuerpo en la ascesis al poner su cuerpo al servicio de los hermanos (cfr. § 238). La participación en el sacramento eucarístico muestra su virtud en la autot entrega al Padre celestial realizada en el cumplimiento de las obligaciones cotidianas. Por ellas es llamado el hombre a probar su incorporación al sacrificio del Señor. Esta incorporación es incompleta e increíble si en ella no se muestra la virtud de la participación en el sacrificio por medio del servicio a los hermanos y hermanas. San Pablo escribe a los romanos: "Os ruego, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva, santa, grata a Dios; éste es vuestro culto racional" (12, 1), es decir, un culto a Dios obrado y lleno del espíritu de Cristo.

El sacrificio del cuerpo es ofrecido tanto en la vida matrimonial como en la virginal. En donde esto se hace más visible es en los sufrimientos y en la muerte. Los padecimientos del que por la Eucaristía participa de la muerte de Cristo son señales de Cristo (*Gal.* 6, 17). En ellos se da a conocer la comunidad con Cristo. Con razón puede San Pablo regocijarse en los sufrimientos: "Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros, y suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia" (*Col.* 1, 24). Así como Cristo alcanza su plenitud por la Iglesia, igualmente la pasión de Cristo llega a su plenitud en la pasión de la Iglesia (cfr. § 172). El martirio es la suprema forma de padecer por Cristo (cfr. § 238). "El martirio, el testimonio sellado con la sangre, en la Iglesia, es el signo de la pervivencia del sacrificio de Cristo como sacrificio de sus miembros" (R. Grosche). En el culto sacerdotal que consiste en la entrega del cuerpo, se realiza el sacerdocio de los bautizados, que han sido llamados por el bautismo a la correalización sacerdotal del sacramento eucarístico (cfr. § 233).

4. La estrecha relación entre el sacrificio de Cristo y el martirio se expresa también en la costumbre de la Iglesia primitiva de *ofrecer el sacrificio eucarístico junto al sepulcro de un mártir*. Desde el siglo IV se colocan en el altar las reliquias de los mártires cristianos; responde esto al viejo simbolismo del altar del sacrificio como otro Cristo. Esta costumbre es obligación en las actuales disposiciones referentes a la forma del altar. Cfr. K. Gross, *Reliquien*

als Unterpfänder glorreicher Auferstehung, en: "Liturgisches Leben" 5 (1938) 62-72.

El sacrificio del Señor es *la ley configuradora del sacrificio del cuerpo*. El sacrificio de Cristo no se ofrece solamente por amor a Cristo y a su semejanza, sino en Cristo y por Cristo. En él obra Cristo. La entrega del cristiano al servicio de los miembros con los que él convive (pueblo, familia, iglesia) es un testimonio de Cristo, una representación de El. Es un anuncio visible de la obra de Cristo en el mundo. Esta predicación de Cristo, hecha realidad y obra, es necesaria para que la otra predicación sea creída. El sacrificio del cuerpo está lleno también de la gloria que rodea la cruz del Señor, porque es obrado por el mismo Cristo. La entrega de los miembros de la Iglesia en el cumplimiento de sus obligaciones no tiene sentido por sí misma; más bien es un volverse al Padre en comunidad con Cristo. En él se prolonga la participación en el culto celestial, en el sacrificio de alabanza y acción de gracias que se consuma en la Eucaristía. En las Poscomuniones se nos invita siempre a perseverar en la comunidad de acción de gracias y alabanza, de oración y propiciación, por la que somos consolidados en la Eucaristía. La acción de gracias, la alabanza a Dios, se convierte en un obrar consustancial a la Iglesia que celebra la Eucaristía, hágase esto con palabras expresas o en la callada obediencia a la llamada divina que se nos dirige en las exigencias de la vida cotidiana (*I Tes. 5, 18; Eph. 5, 20*). Y pues la entrega al Padre acontece en el obrar y en el ámbito del Padre, todo queda comprendido y abarcado en el movimiento de entrega. Por las obras de los que están unidos a Cristo queda incorporada la entrega a la muerte y gloria de Cristo.

5. Lo que acaece en la participación de la Iglesia en el sacrificio de muerte, *tendrá su plenitud por el Señor cuando venga de nuevo*: el tránsito a la gloria a través de la muerte. Cuando pase el mundo de los símbolos, el sacrificio eucarístico tendrá su realización en el culto celestial, en la eterna adoración y acción de gracias que los que están reunidos en Cristo ofrecen incesantemente al Padre en el Espíritu Santo. En el eterno banquete nupcial tendrá su última plenitud el sacrificio eucarístico (cfr. *Tratado de los Novísimos*). Con este pensamiento y con la mirada puesta al futuro celebraba la Iglesia primitiva la Eucaristía, mirando en el ápside al Cristo que ha de venir. La Iglesia reza así esperando en El: "Tus sacramentos, Señor, obren en nosotros cumplidamente la gracia que contienen, para que obtengamos en realidad lo que ahora celebra-

mos simbólicamente” (Sábado de témporas de septiembre). Cfr. M. Schmaus, *Das Kommen des Herrn und die Feier der Eucharistie*, en: “Mayer-Quasten-Neunheuser”, *Von christlichen Mysterium*. Ges. Aufsätze zum Gedächtnis von O. Casel (1951) 22-34.